

En Córdoba, en el barrio de Santa Marina, crece una chiquilla esbelta y morena. Rocío se llama. En Picorona la apodan. Pícon hicieron en la Sierra su padre, su abuelo y pícon sigue vendiendo ella después de haberlos perdido. Vive sola con su abuela, María la Caruela, una vieja apitanada y pícara, que lo mismo asiste a un parto, que sabe echar las cartas. En el barrio hasta el aire acecha los pasos de Rocío para dirigirse un requiebro. Dos mocitos se hacen buena planta - aprens el boro en el labio - andan bebiendo los vientos por ella. Uno de ellos, R. V., harapín aflamencado, sin oficio ni beneficio, pero con unas ganas locas de comerse a los toros de braves. Otro, Manolito el P., un muchacho gafe y pintorero que, allí por los barrios que dan al río, trabaja en un tallerito de platería y gana sus buenas dos pretas diarias y puede lucir los domingos ~~en~~ <sup>con</sup> ancho se-filtro fino y negros pantalones de alpaca. Cuando Ra-faelillo, en sus escapadas a los cortijos, se pone delante de un toro, más que los ojos del bicho, ve brillar los de Rocío como dos lunas de enero. Cuando Manolito pulimenta el metal en su taller, parece oír en el tintines de sus hermanitas la risa clara de la muchacha. El amor por una misma mujer le arde en el pecho. R. V. viene de estirpe de lidiadores. Su tío, el señor Juan V., ya muerto, fue el primer matador de toros de España y la afición lo recuerda como un astro que aún no ha apagado su luz. El muchacho tiene un padrino, un viejo bullanguero, apodado El Lechero, trajinante en menesteres, taurinos, en juergas y en chalanerías, que en su juventud quiso ser cantaor por lo jondo y unas angustias meliagnas acabaron con la vocación. Él cuida de que a R. le lieva la sangre en las venas hablándole de toros. Procura que lo contraten en las capeas aldeanas, lo incita a arrojarse al ruedo en las grandes corridas, le proporciona el medio y la ocasión de entrar en los cerrados, y, cuando ninguna de estas cosas puede conseguir, lo obliga a practicar en una escuela taurina que él dirige en un corralón polvoriento. Por las noches, el Lechero se lleva a R. a pasear por las calles principales de la ciudad, mostrándole como una

promesa y haciéndolo frecuentar las tabernas más afamadas y los cafés cantantes.

En otro barrio, el del Potosí, sede un tiempo de la picaresca cordobesa, pintada por Cervantes, vive en un rincón frías y triste, entre fuentes rumorosas y artísticas estancias de murales, el pintor Julio Pinares del Río. Julio ha hecho ya sus primeras exposiciones en Madrid, obteniendo éxitos, pero comprende que en su arte no se refleja aún una viva personalidad y trata de hallarla, afanosamente, en el carácter dramático, apasionado y profundo de su tierra, de sus gentes. Por eso procura vincularse a unas y a otra, entrando en su misterio, sorprendiendo paisajes, tipos, escenas. Un atardecer, Julio ha salido a pasear por los barrios populares y al llegar a una plazaleta contempla de lejos la figura de una mujer, casi una víctima, saliendo de una vieja iglesia. Es Rocío de P. Cerca, dos moralbetes cuestionan. Son R. V. y M. el P. La muchacha queda parada, bajo el pórtico, al verlos, y antes de que el pintor pueda mediar en la disputa, el platero clava una navaja en el pecho del torero. El agresor huye, y Rocío y el pintor recogen al herido y lo trasladan a casa de Julio. Allí le cuenta la muchacha al artista el origen de lo ocurrido. Los dos mocitos la requiescen a un tiempo de amor; pero ella a ninguno corresponde. Le hace gracia R. por su donaire y su audacia. Le gusta la amistad de M. por su seriedad y su honradez. Aquella tarde se había decidido a dar una vuelta con este último cuando el pasar por una iglesia pidió a M. que esperase mientras entraba en un momento a verarle a la Virgen. En esos instantes debió pasar por allí R. V. y se produjo el incidente.

Julio está absorto ante la Pícolona. Ve en ella y en lo sucedido la médula de la obra que hace tiempo persigue. Le propone a la P. que sea su modelo. Esta acepta y entonces el artista comienza su gran obra "Carcelera" que lo ha de consagrar más tarde para siempre. Un día, ya restablecido, el torerillo desaparece. Rocío sigue frecuentando el estudio del pintor y poco a poco va enamorándose profundamente de éste. Julio se siente cada vez más atraído por ella, pero en esta atracción no sabe distinguir lo que hay de amor y lo que hay de admiración hacia la mujer en la cual ve encarnada el alma de Córdoba. Cuando el cuadro está terminado, Julio pide a la P. que se vaya con él a Madrid. Parten los dos para la capital. "Carcelera" le vale al pin-

tor en una exposición el galardón más alto. Se convierte desde entonces en el artista favorito del público, sobre todo de la mujeres. A su estudio van a diario los escritores, los artistas más afamados del país. Allí Rocio es la reina. Su figura maravillosa, su gracia grave y sentenciosa conquistan la admiración de todos. El estudio es un relicario de arte. De sus paredes cuelgan relucientes cacharros de cobre entre los que preside la macabilla de La cartija. Viejos vargüenos y arcones centenarios adornan los <sup>interiores de bellas tapices</sup> ~~señores~~. Se ven también ricos guadamácies. Al fondo hay un piano se cola, y un galgo negro displicente dormita casi siempre junto a una tarima con braçero. En ese piano suele ponerse a tocar a ratos un viejo compositor anónimo, gran admirador y amigo de Julio. Es un artista que ha venido luchando con la adversidad sin poder destacarse. Julio lo trata con ternura, lo protege y lo alienta, y él siente por el pintor y la P. una gratitud y un cariño que se traduce en veneración. Un día, cuando se han marchado del estudio los cortetulios, cuando todo ha quedado en silencio, el viejo músico se sienta al piano y comienza a intinar una melodía, que es "La M. de mi C.". Cuando ha conseguido ajustar los compases principales entra Rocio, que se siente ~~de~~ vivamente emocionada con la melodía. El compositor advierte su presencia y se detiene. Ella le ruega que continúe. Pero él se niega, quitándole importancia, y se despide. La P. queda sola en medio del estudio, rodeada de pinturas, con un aire de ensomnación ~~en~~ que parecen dibujarse los rasgos de su vida pasada y los presagios de su vida futura.

Al estudio acude a veces un viejo aristócrata andaluz, el marqués de los Arcos, amigo de artistas y de toreros. El marqués tiene una amante, Consuelo Maizena, la bailaora más célebre de España. Es una gitana bellísima, de carácter frívolo, caprichoso. Un halo sensual la rodea. El marqués encarga a Julio el retrato de la bailaora. Esta es presentada un día en el estudio, donde se slumbra con su bellera a los concurren-tes. Se acuerda que, para celebrar el comienzo del retrato, se organice una fiesta andaluz en un famoso colmado. A esa fiesta acuden, con el pintor, la P., el marqués y la bailaora, todos los artistas, amigos, bailarinas, cantantes, guitarristas, flamencos, etc. También acude R. V., que es ya un torero de gran cartel, y el Lechero, que sigue

4/ siendo su hombre de confianza y a veces, hace de pica-  
dador. Rafael se da a conocer a la P., a la que vuelve  
a requerir de amores. Le confiesa que nunca ha querido  
a otra mujer que a ella. A la P. le complace el en-  
cuentro con R. pero se niega nuevamente a sus requie-  
rimientos. Para ella - le dice - no hay más hombre que  
Julio, a quien le es fiel. Raf. trata de demostrarle  
cómo el pintor no ve en ella más que un motivo de  
inspiración para su arte. Mientras tanto, Consuelo la  
bailaora se dedica a conquistar a Julio. A los ojos  
de todo el mundo, lo hace objeto de sus preferencias  
y se le insinúa descaradamente. La P. está pendiente  
de ellos. En medio de la fiesta se anuncia una sor-  
presa. El viejo compositor amigo de Julio ha reserva-  
do para esta noche el estreno de una canción. Es  
"La M. de mi C.". Se sienta al piano y una de los  
cantadores le da a conocer. La canción es escu-  
chada con gran emoción. Todos los ojos se fijan en  
la P. Pero Julio no vive ya sino para Consuelo. La  
P., indignada, rabiando de celos, abandona el local  
seguida de R. V.

Los amores del pintor con la bailaora se hacen  
cada día más ostensibles. Julio está como esclavizado  
por Consuelo. Por todas partes se les ve juntos. Ya  
casi han desaparecido las reuniones en el estudio, y  
sólo va a él, movida por sus recuerdos, la P., a quien  
sigue cortejando el tonero y asediándola por medio  
del Lechuro. Una tarde, la P. en el estudio hace que  
su abuela le eche las cartas en presencia del Le-  
churo. Las cartas le dicen que una mujer mala  
acabará por robarle el amor de su vida si ella  
no se decide a mediar empíricamente. El Lechuro le  
arguye que el verdadero amor de su vida, aunque  
ella crea otra cosa, es Rafael. Pero la P., en un  
momento voluntarioso, abandona el estudio y se dirige  
a la casa de la bailaora. No la encuentra, pero allí  
está el marqués, a quien confía la verdad y le su-  
plica que haga por alejar a Consuelo de Julio.  
El aristócrata, finge sorprenderse de lo que le  
cuenta, y le promete que se llevará de viaje a la  
bailaora. Precisamente está próxima la feria  
de Sevilla, en la que va a torear R. V., gran  
amigo de Consuelo y de él, y con este motivo con-

5 / seguirá el propósito. En efecto, días después Consuelo sale con el marqués para Sevilla. Julio, al enterarse, infiere una gran contradicción, pero allí está Rocio para consolarlo y hacerle aborrecer a aquella mujer. Poco a poco parece que Julio vuelve a ser para la P. lo que antes fue. Ella se aprovecha de una causa incidental para lograr que devolviera totalmente a Consuelo. En aquellos días el pintor ha recibido de América varias proposiciones para celebrar allí unas exposiciones de sus obras y pintar algunos cuadros. La P. consigue, tras de mucho insistir, que Julio acepte, y los dos salen, a los pocos días, para el nuevo mundo. La primera exposición se celebrará en México.

En Sevilla, mientras tanto, Consuelo y el marqués han vuelto a encontrarse con R. V. Este obtiene grandes triunfos en las corridas de feria. Con este motivo y apagado su capricho por Julio, la bailaora hace entrar en el torero de sus conquistas al torero. R. se deja guiar por aquella mujer que codicia todo el mundo y que satisface su vanidad de hombre. El marqués observa y calla, con tal de no ser despreciado por Consuelo. El Lechero se encarga de consolarlo con sus zalamerías y sus embustes.

En México J. P. llega al apoteosis de su arte. Los públicos lo aclaman. Se celebran constantes fiestas en su honor. Los personajes principales y las damas más distinguidas se hacen retratar por él. La P. vive feliz: cree haber recobrado su dominio. Pero un día se anuncia en los carteles la aparición de R. V. en la plaza de El Torero. Y efectivamente R. llega a México, seguido de la bailaora, que ha conseguido convencer al marqués de este viaje y traerlo además consigo. El día de la aparición de R., Julio y Consuelo se ven mutuamente, de lejos, en los tendidos. Una corriente de fuego, inevitable, vuelve a establecerse entre ellos. R. brinda una de sus toros a la P., pero Rocio está sumida en una profunda tristeza. Una noche Julio ve <sup>en la puerta de un teatro</sup> el anuncio de la actuación de Consuelo. Entra y, después de verla bailar, va su camerino. Allí queda sellado de nuevo el pacto

9 de amor. Días después, Tulio y la P., Consuelo y el marqués, R. V., el lechuzo y la abuela se Rocio son invitados a un jaripeo en un rancho donde hay ganado bravo y en donde se van a separar los toros que Vázquez lidiará en su próxima corrida. Después del jaripeo y del encierro del ganado, se celebra una gran fiesta mexicano-andaluzera. Charrros y flamencos se dan la mano y entonan sus canciones. Corre el licor. La noche es espléndida. A las puertas del rancho hay un jardín que la luna ilumina, a donde salen algunas parejas a contarse sus secretos. Dentro, la ramba avvecia. Casi todos están ebrios. En un aparte, J., la P., el marqués, el lechuzo y otros amigos piden a María la Carmela que les eche las cartas. La vieja se dirige a la P. pero esta no se atreve a probar suerte. Pide que se las eche al torero, que ha desaparecido con la bailaora hace un rato. La Carmela echa las cartas y anuncia para el torero un signo de muerte. La P. se estremece y sale a prisa hacia el jardín, seguida de Tulio. En el jardín encuentran a Consuelo y a Rafael en animado idilio. El pintor se encoleeza y se va hacia el torero. Al atrapar a este por el pecho, le desgarró la camisa y ve la cicatriz que hace años le dejara la puntalada del Platero. La emoción lo paraliza. Rafael le echa en cara entonces el que quiera matarse por una mujer cualquiera, mientras tiene abandonada a la mujer más buena del mundo. Median los amigos en la bronca, y todos entran de nuevo en el rancho. Todos menos el pintor, que en medio de su borrachera y de su tristeza, esquiva el grupo y se va campo adelante. La P., que lo echa se menos, sale en su busca. Pero no lo alcanza. Tulio, sin saber cómo, embebido en una melancolía mortal, entra en el cerrado de toros. A la luz de la luna, uno de los animales lo distingue, y se va para él, corneándolo hasta se jolo examina. Cuando la P. llega, contempla tras la empalizada el terrible cuadro. Sus ojos, desorbitados, brillan como dos lunas envejecidas.

7 / Al domingo siguiente se celebra la corrida. A R. V., que aparece se luto, le toca matar el toro que dio muerte a Julio P. La plaza hierve de animación. El valor de R. enardece el público. También a Consuelo que, con el marqués al lado, presencia la lidia.

Sola, en su cuarto del hotel, mientras llega el día de la vuelta a Sojama, R. la P. llora sin consuelo el recuerdo de Julio. Por un momento la habitación va transformándose en el estudio madrileño del pintor. Vuelven a aparecer los cuadros famosos, los cobres, los arcones, los tapices, el galgo, el piano. Al piano, y como espumado en una luz irreal, se ve al viejo compositor interpretando "La M. de mi C." Se oye una voz que dice, lenta y melancólicamente, la canción.